EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 13288

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° ó 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24
SABADO 3 DE MARZO DE 1906

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Hay de todo

Efectivamente; no falta de nada. Nuestras fiestas populares que se celebraban con mucha alegría y sin daño de nadie ya hemos visto como han cambiado durante el Carnaval. En tres días cuatro riñas y otros tantos heridos Y luego, dos días después, ha surgido ese intento de robo en la calle de Palas, demostrando que si hay aquí quien ejerce el matonismo, hay también émulos de Candelas

Hay de todo un poco... ó tal vez un mucho. ¿Quién sabe lo que habrá de esa mala semilla que atenta contra el prójimo robándole la vida ó el dinero? ¿Quién puede adivinar lo que hubiese pasado si la policía no hubiese perseguido el abuso de usar armar sin autorización? Tal vez el número de heridos se hubiese duplicado; pero se privó de las armas comprometedoras á muchos que las usan para probar en todas ocasiones que son guapos y esos tales se vieron de pronto indefensos y metieron la cabeza bajo el ala. Lástima que el cacheo no adquiriera mayores proporciones, porque de haberse realizado más en grande, para ver el fondo de todos los bolsillos, no se hubiera presentado la ocasión de reñir, por falta de herramientas.

Pero nunca es tarde. Lo pasado no tiene remedio, es verdad; pero puede modificarse lo futuro impidiendo que los rufianes encuentren á mano la navaja ó el revólver para herir. Se les quita antes que surja el disgusto precursor de la pelea, y ellos irán ganando y nosotros gozaremos de tranquilidad

En cuanto á los devotos de maese Garduña también hay algunos ejemplares. Uno cayó ayer en la red, cogido con las manos en la masa; y ese suceso raro, que ha roto una vez la costumbre de que los ladrones no sean habidos, está diciendo á voces que el Antonio García Martínez—si es que se llama así—tenía amigos aquí dentro, compañeros de armas y fatigas, ó cuando menos gente que le ayudara á ocultar los objetos robados.

Esto es elemental; salta á la vista á poco que se piense en ello. ¿Qué iba á hacer ese hombre con el bulto que arrojó en la escalera al verse descubierto? ¿Llevarlo á la estación y facturarlo ó escapar con él por alguna carretera? No es esto presumible; pero sí lo es que el ladrón tenía inteligencia con otras personas para ocultarlo y extraerlo de la población cuando pudiera realizarlo sin peligro de su libertad

¿Nos equivocamos? Creemos que no. ¿Estamos en lo cierto? Así es de creer y entonces quedará demostrado que hay en Cartagena amigos de lo ageno, gente que prepara los *negocios* en la sombra y que no pone en el os la mano, confiando su realización á cualquier forastero que por ser aquí desconocido llamará menos la atención ó no la llama.

La policía tiene en que entretenerse Hay que vigilar para impedir los robos; pero hay también que descubrir á los ladrones de situación pasiva, á esos que no roban por sí mismos, pero sin cuya ayuda, dirección y consejos no se atrevería á venir á Cartagena, para dar un golpe de mano, ningún Antonio García Martínez natural de Albacete y vecino de Madrid.

Busque, busque la policía a esos cacos de segunda fila, que si los hay y los encuentra, puede ser que la lleven al descubrimiento de los autores de tantos robos que no ha podido saberse quienes son

En cuanto á los vecinos que tienen precisión de ausentarse ya ven lo que pasa. Se va á los baños el médico don Miguel Angel de la Cuesta y le roban la casa Se va á Madrid Don Enrique Martínez y le limpian el piso.

Lo mas sensible de esto es que pagamos a peso de oro el derecho á la vida y á la propiedad; pero está tan poco garantido ese derecho, que lo anulan con frecuencia el matonismo y el ladrón con su audacia.

Hace falta reorganizar la policía, mejor dicho crearla, porque de la manera que vivimos vivimos de milagro.

Las escuelas de aprendices marineros

Las escuelas de aprendices marineros son hoy de necesidad absoluta en todas las Marinas para nutrir de clases de maquinaria á las tripulaciones de las Escuadras, pues esas clases no se pueden hoy formar en los buques de combate, á desemejanza de lo que en otro tiempo ocurría, cuando en los barcos predominaba la vela sobre la máquina tanto en la Marina de guerra como en la Mercante.

No tienen utilidad estas Escuelas de marinería solamente desde el punto de vista técnico y militar, sino que responden también á un fin social y humanitario, que es lo que determina que haya en las naciones de gran litoral muchas repartidas por éste, pues en ellas se recogen jóvenes, hijos de familias pobres, que adquieren los elementos de educación para ejercer una profesión honrada, que difícilmente tendrían de no existir esas escuelas flotantes, aliviando al Estado de la recuta por fuerza de tripulantes para sus buques, yendo después á aumentar el contingente de brazos necesarios para los menesteres de la Marina mercante, y de todos modos contribuyendo al incremento de la vida naval del país; objetivo interesante en una nación marítima como la nuestra, cuyo espíritu público se había desviado por desdicha del mar, adonde, para recuperarnos de la postración en que nos hallamos, hay que procurar que se dirijan la mayor suma de actividades y energías.

Siempre hemos creído que la vida del litoral tan extenso en nuestra Península necesitaba de una atención gubernamental independiente de la general del interior, por la diversidad de sus condiciones de vida, y por tal razón somos partidarios acérrimos de una Dirección de Navegación é Industrias marítimas donde se halle concretada por completo la gestión oficial de cuanto se refiere á la explotación del mar, única manera de que ese organismo produzca resultados positivos en tal concepto.

Entonces será cuando, á semejanza de lo que se hace en tierra con asilos, granjas modelos, Escuelas de Artes y Oficios y demás establecimientos docentes para formar hombres útiles en todas las profesiones terrestres, se establecerán á flote sobre el medio en que se ha de desplegar la actividad de los educandos, escuelas de todas clases que faciliten el transporte marítimo, desarrollen la pesca y demás industrias de mar, acentuando en los españoles aptitud naval que les corresponde por las condiciones marítimas del territorio que ocupan.

La Marina de guerra no puede menos que salir beneficiada, pues además de comprenderse mejor en el país su necesidad, condición esencial para subsistir con eficacia, encontrará mayores facilidades en su desenvolvimiento.

Hoy solo posee la Marina una Escuela de esta clase á bordo de la veterana corbeta «Vista de Bilbao» fondeada en Ferrol, pero sería muy conveniente extender esa enseñanza, estableciéndola en los otros dos departamentos de Cádiz y Cartagena, á fin de que su producto no fueran tan original, pues es político que las clases marineras de los buques de la Escuadra procedan indistintamente de todo el litoral de la Península.

El día que España se decida á reconstituir su defensa naval, el primer proyecto que debe aparecer en el de reorganización de servicios que acompaña al de construcciones, ha de ser seguramente el establecimiento de mayor número de Escuelas de aprendices marineros á bordo de buques especiales en condiciones de navegar, repartidos convenientemente por el litoral de los tres departamentos.

DON BACALAO

«Te conozco bacalao, aunque vengas disfrazado;» pero, ¡qué remedio! ¡aprieta bacalao, que está caro el pescado».

No puede todo el mundo vigilear con salmón, besugo, langosta ni otros manjares acuarios ó costeros por el estilo, que cuestan un sentido; en la mayor parte de las casas de los fieles cristianos sucede como en la famosa venta de Don Quijote, que «no había sido unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, en Andalucía bacalao, y en otras curadillo, y en otras truchuela».

Así, este señor don Bacalao, á que Linneo puso el mote de «Gadus Mrihua,» y que, según dicen los naturalistas, pertenece á la familia de los Gádidos (no sabemos si figura ó no tan esclarecida extirpe en el Almanaque de Gotha), parte á su vez, de la tribu ú orden de los Malacopterigios, ha venido á ser un personaje principal en el rico de doña cuaresma, y lo que es más, un como termómetro para medir los grados de religiosidad católica de cada pueblo.

Nación donde se come poco bacalao, nación despeida ó poco practicante.

¿Qué tiene de particular que nuestra católica España haya sido la gran consumidora de bacalao?

Los aficionados á la estadística, ciencia exacta en cuya exactitud yo no creo, cuentan que en 1825 se computó en quinientos mil quintales de bacalao la baja de importación de este artículo en nuestra Patria, signo infalible de lo que habían crecido ya por estas tierras los renegados y apóstatas ó, por lo menos, los que no prestaban la debida obediencia á los preceptos de la Iglesia.

Pero repito que yo no creo en estadísticas, y esa del bacalao el año 25 me pareció siempre sospechosísima.

Tanto, que abriendo la historia para descubrir ó siquiera rastrear, el por qué en 1825 hubo de bajar en tan considerable medida la entrada del bacalao en estos reinos, me topé con un decreto de 16 de Febrero de 1824, suscrito por su majestad don Fernando VII, y refrendado por el famoso ministro Ballesteros, disponiendo el estanco del bacalao...

¡Ah, estadística pillina... Ya te cogí por el rabo...

Esos quinientos mil quintales de bacalao que faltan en la importación de 1825, son los que entraron de contrabando, á consecuencia del decreto de 1824.

Todo el bacalao que entrara en España, tenía que ser, según dispuso Ballesteros, adquirido por el Gobierno, y guardado en nuevos depósitos, de los que saldría devengando al Erario público 28 maravedises por libra; pero ¡que no es aquí lista la gente para burlar decretos!...

Apuesto doble contra sencillo á que aquel año hubo más bacalao, y más barato que nunca.

El fisco sólo consiguió encerrar en sus depósitos trescientos mil quintales de abadejo, y ¿saben nuestros lectores para que aprovecharon?.. Pues para pudrirse. Pero vamos: los estanqueros ó depositarios lo comerían de balde.

Lo cierto es que don Bacalao es un ser de

Y lo que es más—añadió con un tono cuya salvaje arrogancia desmentían sus precedentes palabras—no trato de mendigar ni socorros ni consuelos.

—¡Eh! ¡eh!...—contestó el anciano.

Produjeron estas dos sílabas un sonido semejante al grito de una cigarra.

—Sin que yo os consuele, sin que me imploreis, sin que tengais necesidad de sonrojaros, y sin que os dé

Un céntimo de Francia,
Un parat del Levante,
Un tarlo de Sicilia,
Un heller de Alemania,
Un óbolo del Antiguo Mundo ni un pero duro del Nuevo.
Sin ofreceros la menor cosa en
Oro,
Plata,
Papel,
O cobre.
Puedo haceros más rico, más poderoso y más considerado que un Rey constitucional.

Pasmado quedó el joven ante aquella promesa, creyendo que el mercader se hallaba en la imbecibilidad de aquella infancia propia de la vejez.

—Mirad allí...—dijo el mercader tomando de repente la lámpara, y haciendo reflejar su luz en la pared de frente al retrato: después añadió en tono solemne:

—Mirad esa PIEL DE ZAPA.

Se acercó el incrédulo joven á aquel talismán tan poderoso contra el infortunio, burlándose de él con una frase mental; pero movido sin embargo de una curiosidad legítima, inclinóse una y otra vez para mirarla alternativamente bajo todas sus fases; así descubrió en breve que aquella luz singular era producida por una causa natural. Estaban pulidos con tal esmero y tan perfectamente lustrados los granos de la zapa, tan limpias y tersas sus caprichosas sinuosidades, que las asperezas de aquella piel oriental, semejantes á facetas de granate, fingían otros tantos focos que reflejaban vivamente la luz.

Luego demostró matemáticamente la razón de aquel fenómeno al anciano, quien por toda respuesta se sonrió con malicia.

Aquella sonrisa de superioridad le hizo presumir al joven que podía muy bien ser en aquel instante víctima del charlatanismo, y para no sepultarse en la tumba con un enigma más, volvió la piel con presteza como un niño impaciente por conocer los secretos de un nuevo juguete.

—¡Ah! ¡ah!...—exclamó—ved aquí la marca del sello que llaman los orientales «el sello de Salomón...»

—¿Conque lo conocéis?—preguntó el viejo de cuyos labios salieron dos ó tres bocanadas de aire en las que iban